

VISITA A VENEZUELA
Encuentro con Rectores, Directores espirituales y Formadores

Casa Cristo Rey de El Hatillo
Domingo 7 de julio de 2019

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero

EL CUIDADO DE LOS PROCESOS FORMATIVOS
III. La cercanía y el acompañamiento

Al proponer a los seminaristas un proyecto formativo **se hace indispensable el acompañamiento**, al grado de que podríamos afirmar que **la calidad de la formación dependerá directamente de la calidad del acompañamiento**. Los contenidos del itinerario, por claros que sean, se quedarían como sin alma si faltara la relación viva y profunda, positiva y amable, entre el formador y el seminarista. Tan necesaria es la vinculación personal del seminarista con el formador como la relación del formador con el grupo, una presencia profundamente fraterna y a la vez exigente, que se corresponde con la verdadera amistad. Uno de los problemas frecuentes en la formación es que en ocasiones esta relación no existe, es superficial o es defensiva. No se llega a formar a las personas porque no hay una relación real y profunda entre formador y formando o entre formador y grupo. Si las relaciones en este ámbito son defensivas o no se viven en la verdad, es imposible que exista la formación. En este sentido se puede parafrasear la famosa sentencia: sólo lo que es abordado con confianza y con verdad en una relación positiva puede ser formado.

Pero el proceso formativo presentamos a los seminaristas, con todas las dificultades que ellos experimentan para vivirlo, desde la dificultad para aceptar la propuesta hasta su puesta en práctica, requieren de **una doble actitud** que es típica de los procesos de fe: **la confrontación o corrección fraterna** –manifestación directa y clara de los afectos desordenados o inconsistencias vocacionales- **y el discernimiento** –búsqueda de la voluntad de Dios en las circunstancias reales de la persona. Estos dos serán los instrumentos que los formadores utilizarán habitualmente en la etapa que les corresponde. Los mismos seminaristas necesitan desarrollar habilidades en ambas direcciones, tanto en el ámbito personal como en el grupal, de modo que **lleguen a habituarse a la confrontación y hagan del discernimiento una práctica cotidiana**.

Acompañamiento personal y grupal son como los dos rieles de la vía sobre la cual avanza el tren de la formación. Vamos a especificar a continuación el valor del acompañamiento personal y grupal y a dar algunas pautas para su aplicación en cada una de las etapas formativas. Nos interesa dejar bien asentado que **siempre es necesario el acompañamiento y lo seguirá siendo a lo largo de la vida sacerdotal**. La razón para afirmar tan enfáticamente la necesidad del acompañamiento proviene de la naturaleza misma de los procesos de fe. No hay experiencia religiosa ni proceso de fe sin una buena dosis de autoengaño. Para que se pueda caminar en esos procesos **es indispensable una voz amiga que confronte los autoengaños**, que también se llaman en la tradición espiritual de la Iglesia “afecciones desordenadas”, o en la psicología religiosa las “inconsistencias vocacionales”. **Esa misma persona debe ser capaz de confortar**, es decir, de descubrir, fomentar y estimular las consistencias, los afectos bien ordenados, las verdaderas certezas. El resultado de esta mezcla de confrontación y confortación es el discernimiento adecuado que ayuda a todos a caminar efectivamente, a conseguir un bien real y no sólo un bien aparente al que llamamos voluntad de Dios.

El acompañamiento personal

La personalización es una clave fundamental de los procesos educativos en la fe. La fe y los valores de la vocación específica se transmiten de persona a persona y por ello es necesario que el acompañamiento personal **se realice con estabilidad y eficacia**. Puntualizando brevemente se pueden señalar estos criterios para la frecuencia y duración de las entrevistas:

- **Una entrevista cada tres semanas o cada mes** con el responsable de la etapa de formación. Se da el tiempo suficiente para que el seminarista experimente y para que no olvide lo que se propuso en la reunión comunitaria o se convino en la última entrevista. Una entrevista cada tres semanas o cada mes con el director espiritual. Al presentar estas dos instancias dándoles una importancia similar, se está facilitando la solidez al proceso.
- Cada una de las entrevistas, sea con el director espiritual o con el responsable de la etapa, de **más o menos una hora de duración**. Es el tiempo suficiente para profundizar. Si dura más de una hora, tiende a ser redundante. Si dura menos de 40 minutos tiende a ser superficial.

De este modo, un proceso suficiente de acompañamiento incluye **entre diez y doce entrevistas al año con cada uno de los dos formadores de la etapa**. Se trata de un proceso intenso, al cual conviene que tanto los formadores como los seminaristas den la debida importancia. Cuanto más formales sean las entrevistas será mejor. Durante los momentos centrales de la formación, es decir, las etapas discipular y configurativa, la entrevista debe ser **rigurosamente sistemática**. El motivo de esta exigencia es que se está proponiendo a los seminaristas un proceso difícil de vivir, que por sí mismo es exigente, en el cual es necesario verificar la comprensión y aplicación

que está haciendo cada uno de ellos de los contenidos del itinerario formativo. La frecuencia y duración de las entrevistas no deben dejarse a la voluntad del seminarista; al contrario, hay que presentarlas como parte integral de la propuesta formativa y como medio indispensable para la formación.

El formador debe llegar a **percibir con toda claridad el momento en el que hace la confrontación** al seminarista, de modo que lo vaya conduciendo, paulatinamente, hacia un proceso en el que conozca más exactamente el ideal por el que ha optado y profundice en el conocimiento de sí mismo. Esta actitud del formador exige **un modo peculiar de relación** con el seminarista que podemos describir desde la imagen del padre o la madre. Es decir, se sitúa claramente como persona más mayor y desde allí se propone emprender junto al seminarista un camino educativo. Evidentemente la confrontación quiere conducir a un crecimiento y, posteriormente, a un discernimiento de la voluntad de Dios en las etapas de la formación inicial.

Durante la formación permanente cambia el ritmo y el modo de las entrevistas porque también cambia el rol del orientador. De la figura de padre y madre se va pasando gradualmente a la figura del hermano o compañero de camino. Lo más ordinario es que esta relación cambie por etapas, las cuales dependen de las circunstancias de la vida del presbítero y de su proceso evolutivo y ministerial. Al mismo tiempo se va pasando de la persona que busca ayuda a la que comienza, por ley de vida, a **ser referencia y ayuda para los más jóvenes que vienen detrás**. El principio que debe quedar claro es que siempre es necesario el acompañamiento, aunque el modo de realizarlo no sea el mismo que se daba en la formación inicial.

Durante las etapas previas – incluido el seminario menor- ocurre lo contrario. La entrevista ha de ser de tal modo cercana al adolescente que **se adapte a las situaciones por las que va pasando**, de modo que no necesita la formalidad que se dará posteriormente. En el **curso introductorio** es necesario enseñar al seminarista a aceptar la entrevista como un medio formativo y a utilizarla adecuadamente.

La confrontación tiene características diversas en cada una de las etapas formativas. Estos rasgos vienen definidos por el objetivo de la etapa, por la edad evolutiva del seminarista y por su grado de madurez personal. Vamos a especificar cuál es el sentido de la confrontación en las etapas de la formación inicial.

En el seminario menor. Se está trabajando con chicos que están en la última etapa de la adolescencia cuya característica principal es la volubilidad. Los seminaristas menores dependen en esta variabilidad de su carácter de dos factores fundamentales: su situación física y su imagen ante los grupos a los que pertenecen. Sin embargo, caminan rápidamente hacia la estabilidad propia de la etapa de juventud. Por otro lado, están realmente ocupados con el amplio programa de estudios de la educación media y con las tareas propias del mismo seminario menor. En medio de todo ello los formadores deberán **permanecer muy atentos a la situación de cada**

seminarista, prácticamente como hacen los padres en una familia. Hay que ir estableciendo la entrevista formal, pero en esta etapa **tiene una gran importancia la relación informal** y sobre todo la capacidad del formador de percibir el momento y la oportunidad de acompañar a cada seminarista. Por ello es muy recomendable que se haga un esfuerzo por mantener **un número suficiente de formadores**, de modo que los chicos estén realmente atendidos. Desde aquí se puede juzgar la gran importancia de contar con directores espirituales bien preparados y de tiempo completo para el seminario menor. Es necesario subrayar más el acompañamiento espiritual que la disciplina.

Durante el curso introductorio. Estamos en el momento inicial de la formación para el sacerdocio. Se pretende la revisión de la iniciación cristiana. Por ello la confrontación se centra en las **actitudes de coherencia o incoherencia en relación con los valores fundamentales de la fe**. Por otro lado es interesante confrontar la **actitud de apertura o cerrazón al proceso formativo** que se le está presentando y el **grado de aprovechamiento** que tiene de los medios que se le están ofreciendo. El resultado que esperamos alcanzar es un joven que se define más coherentemente como cristiano en sus actitudes prácticas y que ha llegado a introducirse con verdadera disponibilidad en el camino de la fe y de la vocación sacerdotal en cada una de las dimensiones de la formación. En este momento, ciertas actitudes de fondo que pueda percibir el formador a partir del comportamiento del candidato, conviene que aún no sean confrontadas, en espera de que durante la etapa siguiente se puedan trabajar con mayor asiduidad y precisión. En este momento basta con que el chico **haga un balance de su personalidad, llegue a percibirse de un modo general con virtudes y defectos, y puntualice estos datos**. Si se recurre a una comparación con el trabajo del dentista, se trata de hacer una radiografía para detectar la situación, es bueno advertir al paciente lo que encontramos, pero aún no queremos intervenir en ella.

Durante la etapa filosófica o discipular. Es el momento más típicamente juvenil de la formación inicial. El formador pone atención a los **hábitos o modos de hacer** a los cuales el seminarista está acostumbrado. Se intenta desmontar los que no se corresponden con los valores de la fe y de la vocación sacerdotal, y se pretende que el joven adquiera otros hábitos nuevos, más coherentes con su proceso vocacional y formativo. Lógicamente la confrontación se centra más en los **factores humanos que entran en juego** y llegan a impedir un crecimiento vocacional estable. El resultado que se espera conseguir es un joven más seguro en su proceso y más libre para dedicarse con verdadera determinación a su formación. Por contraposición con el curso introductorio, en la etapa discipular sí es conveniente profundizar. Si volvemos a la comparación con el dentista, es el momento de intervenir, con una cirugía si es necesario, para escarbar o ahondar en el problema, hasta reconocerlo más plenamente. **La confrontación adquiere un carácter sistemático, es más exigente y detallada.** Podríamos decir que baja a la raíz de la personalidad del seminarista.

Durante la etapa teológica o configurativa. Se da el paso de la etapa juvenil a la del joven adulto, es decir, que comienza a pasar del reto de la intimidad al reto de la generatividad. Un seminarista de la etapa configurativa debe ser altamente productivo en la línea de su propio proceso formativo. Los avances deben ser notables, mostrando una creciente definición vocacional y carismática. Las estructuras que se han conseguido en la etapa anterior se convierten en receptáculos del contenido teológico y carismático propio de la vocación presbiteral. **La confrontación mira más rectamente al futuro apostólico del candidato y por ello a las actitudes que manifiestan la autenticidad de su opción por este camino de pertenencia eclesial.** Es una confrontación detallada y exigente, que no mira principalmente a corregir defectos cuanto a **proponer desarrollos**, definiendo comportamientos específicos que ya son propios del siervo y del pastor. Lo que se pretende conseguir es una serie de actitudes intencional y habitualmente cultivadas, que llegarán a definir rasgos de la personalidad en la vida sacerdotal. El resultado final es un candidato **dispuesto a aceptar compromisos definitivos**. Si volvemos a la comparación con el trabajo del dentista, es el momento de preparar las piezas que se van a colocar sobre la dentadura, para que puedan cumplir una función. Hay que ajustarlas con precisión, de modo que efectivamente lleguen a realizar la función para la cual fueron diseñadas. Se trata así de **un trabajo de precisión**, donde la exactitud es importante.

Durante la etapa pastoral o de síntesis vocacional. Esta etapa se puede realizar de modos diversos. En todos ellos los elementos comunes son el enfrentamiento con la realidad pastoral-eclesial y el proceso de órdenes. El reto para el candidato es traducir los valores que ha admitido como buenos para sí en la realidad ordinaria, tal y como es, afinando su configuración con Cristo Pastor. La confrontación se centra en la **observación de la conducta en medio de esa realidad y la adaptación que es capaz de lograr en medio de ella.** Si en la etapa anterior se tornaba exigente, ahora el formador tiene que ser más bien comprensivo, ayudando a la persona en un momento que suele revestir algunas dificultades. Se parece al dentista que ya ha instalado las piezas nuevas en la dentadura y pone a prueba su funcionamiento. Con mucha delicadeza tiene que hacer las correcciones que convengan para que funcionen bien. En casos muy extraordinarios habrá que retirar la pieza y hacer otra nueva. Pero esto ocurrirá raramente. Lo normal en esta etapa formativa es que se trate sólo de hacer algunas adaptaciones, de perfilar algunas reacciones por las que se muestra la dificultad que la realidad misma le plantea.

El acompañamiento grupal

No menos importante que el acompañamiento personal es el grupal. Es frecuente que este elemento sea poco percibido y por ello poco valorado en algunos ambientes formativos. Pero hay que advertir que aquello que ocurre en el grupo tiene una gran trascendencia para el proceso mismo. Uno es el mensaje que los formadores intentan transmitir con palabras a los seminaristas y otro es el mensaje que se transmiten ellos mismos, a veces sin palabras, pero de un modo muy eficaz. Para

calibrar el valor de las relaciones grupales en la formación basta recurrir a la experiencia que todos hemos tenido en un pequeño grupo: nuestra propia familia. Allí, sin demasiadas palabras, se transmitieron una serie de convicciones y de valores que continúan siendo de primera importancia en el comportamiento de cada uno. La razón de este fenómeno es simple. **Los valores se transmiten a través de relaciones afectivas entre personas que son significativas entre sí.** Es el fenómeno de la identificación. Lo que ocurre en las relaciones apunta hacia un modo de ser y de comportarse porque toca las motivaciones profundas de cada uno. **Las relaciones afectivas son como el adhesivo de los valores.** Para que un valor se adhiera a mi personalidad es necesario que pase a través del ejemplo de una persona de carne y hueso que lo viva, alguien con quien me relaciono y a quien estimo y llega a convertirse en un referente existencial del valor.

Por esta razón no basta con acompañar a los individuos, es del todo necesario acompañar a los grupos. Los formadores han de realizar también con el grupo ese **doble camino pedagógico** que se ha referido anteriormente: **la confrontación y el discernimiento.** Un cuidado cercano y exigente de las personas se tornará ineficaz si el ambiente en que estas personas se mueven cotidianamente promueve o simplemente muestra otros valores que entran en contradicción con aquellos que definen la opción de cada uno.

En el acompañamiento grupal existe **una doble referencia.** Por un lado está **el mismo grupo de seminaristas.** Conviene observar detalladamente lo que ocurre en los grupos y confrontarlo con verdadera exigencia, de modo que se defina con suficiente claridad cuál es **el clima comunitario que debe existir.** Por contraste, los seminaristas deben entender qué actitudes ya no son aceptables en la etapa en la que se encuentran, de modo que ciertos comportamientos sean gradualmente excluidos. Estas actitudes contrarias a los valores serán la materia cotidiana de la confrontación grupal. El otro punto de referencia es **el equipo formador.** El comportamiento de los formadores transmite al grupo de seminaristas un mensaje sin palabras que debe ser coherente con los valores sacerdotales, a los cuales el mismo proceso pretende introducir a los grupos. Este testimonio es evidentemente más eficaz cuando se da unánimemente, como grupo de formadores, y no sólo como individuos.

Se describen a continuación los rasgos de la confrontación grupal que deberán practicar los formadores en el acompañamiento durante la formación básica.

En el seminario menor. Aún no se perfilan los valores específicamente sacerdotales en el horizonte formativo. La confrontación grupal se sitúa en un proceso previo, poniendo **atención a dos polos.** Primeramente a los **valores humanos** que se deben garantizar en un internado de adolescentes. Se trata de poner bien claras las reglas del juego y objetivar los comportamientos grupales que no son humanamente aceptables. En este sentido hay que tener paciencia porque los adolescentes traen costumbres que han aprendido en los grupos precedentes, que suelen estar arraigadas.

Pero no basta con que se conviva en un ambiente humanamente aceptable, es necesario que se defina con mayor nitidez **un clima grupal que merezca el nombre de cristiano**. Es decir, que los contenidos de la fe se hagan palpables y claros en el grupo formativo. Esto se irá dando de manera gradual. Los seminaristas menores deben percibir así continuos retos de crecimiento en lo que se refiere al funcionamiento del grupo al que pertenecen.

Durante el curso introductorio. Los seminaristas están experimentando, como una novedad, la vida comunitaria. Es como un laboratorio en el que surgen una serie de elementos formativos bien concretos. Desde las tareas de limpieza hasta las relaciones afectivas; desde la experiencia del silencio hasta la exigencia del deporte, etc. El formador confronta los comportamientos comunitarios, de modo que al grupo le quede claro cuáles son los **rasgos positivos y negativos de la relación comunitaria que están viviendo**. Hay que garantizar que se establezcan bien las bases de esta experiencia. La comunidad formativa pasa por las fases normales del desarrollo de un grupo, a saber: la convocación, la objetivación superficial de los miembros, el establecimiento de prejuicios, la profundización de las relaciones y la aceptación de las personas con la integración del grupo. Hay que observar que se den todos estos pasos práctica y concretamente. Pero además se da un proceso en el que se perfila **el modo de convivencia que corresponde a una comunidad cristiana y convive en una casa de formación**. Por ejemplo, hay que confrontar el tipo de relaciones que no responden a una verdadera amistad, o ciertos comportamientos que crean un vínculo de complicidad entre los seminaristas, pero impiden un verdadero compromiso. El resultado que se espera conseguir es un grupo bien integrado, en el que se dan verdaderas amistades, que lleva a sus miembros a un compromiso en los medios y recursos que se ponen a su alcance en el seminario. Si se compara la comunidad con un río, lo primero que hay que garantizar es que haya agua, porque si no tendríamos sólo un yermo seco.

Durante la etapa filosófica o discipular. Tal como se ha indicado para el acompañamiento personal, en esta etapa se trata de desarraigar costumbres y de arraigar otras nuevas, consiguiendo también estructuras de convivencia y de funcionamiento grupal. La confrontación grupal será clara y exigente, de modo que **impida que se establezcan malos hábitos en la convivencia comunitaria o que se construyan tradiciones que paralizan el crecimiento del grupo**. En la línea de lo social hay que evitar que funcione un dinamismo de discriminación entre los que tienen diversos niveles en lo económico, intelectual o formativo, al contrario hay que fomentar un dinamismo de aceptación de las diferencias. En la línea de lo psicológico se trata de superar las actitudes defensivas que tienden a elaborar mitos y causas falsas del mal funcionamiento del grupo para afrontar las verdaderas causas de los problemas y fomentar un compromiso libre de todos en su resolución. En la línea de lo moral, se intenta impedir que se establezca cierta dinámica de doble vida y de mutua conveniencia para afirmar la corresponsabilidad de todos en la formación. Estos ejemplos bastan para hacer evidente que hay mucho trabajo que hacer en el

acompañamiento grupal de esta etapa. Especialmente en este momento más juvenil, si se deja a un grupo caminar solo es muy fácil que vaya a la deriva porque los seminaristas tienden, como dice el dicho, a obrar por inercia, repitiendo modelos aprendidos en el pasado. Al contrario, una corrección grupal hecha a tiempo, garantiza el clima formativo adecuado. Volviendo a la comparación con un río, es importante velar porque el agua del río no se estanque, porque cuando el agua circula, no se pudre.

Durante la etapa teológica o configurativa. En este momento el grupo se define ya en la línea del futuro ministerial. Se puede hablar con mayor verdad de un estilo de convivencia propio del presbiterio. Si antes dijimos que en esta etapa conviene facilitar desarrollos, es decir, el crecimiento de la persona hacia actitudes presbiterales positiva y establemente comprobadas, esto mismo hay que exigir al grupo. Son los mayores en el Seminario y han de ser molde y ejemplo para todos los demás. El grupo de esta etapa ha de aprender a pasar a un segundo plano, evitando los protagonismos y acogiendo a los seminaristas más jóvenes mediante la valoración de sus capacidades. Pero sobre todo ha de **poner como centro de su dinámica la humildad en el servicio**. Es el criterio evangélico para el discernimiento de los ministros que se va a ir repitiendo en los encuentros comunitarios. En este momento **se establecen hábitos que derivan de la común vocación y de la común misión**, por ejemplo, la corrección fraterna, el trabajo en una obra común, la capacidad de dar continuidad a los proyectos elaborados por otros, la abnegación y el sacrificio. Ya no basta con un funcionamiento positivo del grupo, hay que pedir que sea como el **ensayo de la forma comunitaria que caracterizará su vida en el futuro**. Los seminaristas de esta etapa aprenden a ser facilitadores del clima formativo de cara a las demás etapas de formación, primeramente con el ejemplo de su vida y también con el modo de realizar sus actividades. Si llegan a ser un referente de los valores para los demás seminaristas, su testimonio será incluso más eficaz que el del equipo formador, por razón de su cercanía generacional con ellos. Al contrario, cuando los mayores viven una dinámica grupal contradictoria con los valores, transmiten esta dinámica a las otras generaciones. En la imagen del río, ha llegado a tener un gran caudal por la acumulación de datos y de la cultura vocacional, como cuando los ríos hacen represas, de modo que puede ser fuente de grandes bienes o de grandes males, todo depende de cómo se encauce la fuerza del agua.

Durante la etapa pastoral o de síntesis vocacional. Esta etapa formativa viene marcada por el contacto con la realidad pastoral y la inserción en una comunidad. En el grupo formativo de la etapa **son referencia vocacional unos para otros**, principalmente cuando se reúnen y a la vez por las relaciones interpersonales que, más allá de la distancia, suelen mantener a través de medios electrónicos. Por otro lado, queda en primer plano la referencia grupal de la comunidad apostólica o parroquial en la que están insertos. Allí han de poner a funcionar las convicciones que han adquirido a través de todo un camino de convivencia comunitaria. En el acompañamiento a este grupo de candidatos al sacerdocio, ya más próximos a las órdenes, es necesaria **una confrontación propositiva**. Esto es, que ilumine positivamente los retos y dificultades

que se les presentan en su vida diaria y al mismo tiempo les ayude a superar los desánimos y bloqueos que casi inevitablemente surgen. Debe ilustrar el camino para **hacer un aporte positivo** a la comunidad local o parroquial **en circunstancias reales**, en sus diversos niveles, el del presbiterio, el de los colaboradores más cercanos y el de los fieles. También debe ayudar en el discernimiento de lo que sí es posible en esta realidad y aquello a lo que por el momento conviene renunciar. El candidato en esta etapa del proceso necesita aceptar a la comunidad en su realidad concreta y dejarse ayudar por ella. Evitar de un modo muy claro las actitudes de orgullo o de prepotencia, para optar decididamente por la pertenencia comunitaria, la disponibilidad y el trabajo en común. En este momento se perfilan los modos de hacer que serán casi definitivos en su vida posterior. Comparando con un río, sería el momento en el que el río, ancho y sereno, mezcla sus aguas con las del mar. Es una fuente de renovación para las aguas saladas. En la mezcla de las dos aguas se da una fecundidad extraordinaria.

El acompañamiento a través del itinerario

El solo hecho de presentar el itinerario formativo a través de los encuentros comunitarios supone todo un proceso de acompañamiento personal y grupal. La primera exigencia que plantea es que los formadores **dediquen tiempos específicos a cada uno de los cursos de su etapa**, situando a los seminaristas con mucha claridad en un momento formativo, el que les corresponde en el proceso. No es lo mismo un seminarista de primero de filosofía que uno de tercero; o un seminarista que comienza el curso introductorio y otro que lo está terminando ya.

La relación de acompañamiento **comienza en el equipo formador** de la etapa, con la preparación cuidadosa de los materiales para los encuentros comunitarios. Esto supone verdadero estudio, dedicación esmerada y trabajo en equipo. La preparación de los materiales ha de cuidar el contenido y la presentación de los mismos, de modo que sean efectivamente utilizados y coleccionados por los seminaristas. La “carpeta” de materiales que tienen los formadores no es sólo una guía para ellos, es sobre todo para los seminaristas, que deben ir completando su propia carpeta, complementada por una libreta de notas personales.

✠ Jorge Carlos **Patrón Wong**
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero